



Cuadernos LIRICO

Revista de la red interuniversitaria de estudios sobre las literaturas rioplatenses contemporáneas en Francia

10 | 2014
El XIX en el XX

“Mirar el campo”, de *Corrientes* (2010)

Cristina Iglesia



Edición electrónica

URL: <http://journals.openedition.org/lirico/1661>

DOI: 10.4000/lirico.1661

ISSN: 2262-8339

Editor

Réseau interuniversitaire d'étude des littératures contemporaines du Río de la Plata

Referencia electrónica

Cristina Iglesia, « “Mirar el campo”, de *Corrientes* (2010) », *Cuadernos LIRICO* [En línea], 10 | 2014, Puesto en línea el 15 marzo 2014, consultado el 21 abril 2019. URL : <http://journals.openedition.org/lirico/1661> ; DOI : 10.4000/lirico.1661

Este documento fue generado automáticamente el 21 abril 2019.



Cuadernos LIRICO está distribuido bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional.

“Mirar el campo”, de *Corrientes* (2010)

Cristina Iglesia

- 1 Es cuestión de sentarse en la galería, elegir un punto de mira diferente cada tarde o elegir el de siempre : el resultado es el mismo y a la vez es otro.
- 2 Sentarse en la galería, así nomás, sin realizar ningún esfuerzo y el cuerpo se vuelve poco a poco pura mirada. Por el costado derecho, un jinete se despide con el sombrero en la mano. Lo lleva atado al cuello aunque la cinta cuelga lo suficientemente floja como para ladearlo en un saludo fugaz. Hacia el camino del centro, una pareja joven cruza al galope montando un solo caballo. La mujer va detrás con el cabello suelto. Buscan reunir su tropilla de yeguas lustrosas que se desplazan con elegancia del potrero al corral y, después de encerrarlas, se despiden sin palabras, con gestos breves. Se sabe que vinieron de lejos y que solamente se tienen el uno al otro.
- 3 Por el lado de la tranquera que da al tajar, tres hermanos rubios, con boinas tejidas de lana celeste, avanzan a pie por el camino. Nacieron mudos. Los llaman “los Aranda”, en plural, porque siempre andan juntos. Nunca se los ve en parajes demasiado alejados y nunca montan a caballo : el Payubre es el centro de sus caminatas, el centro de su territorio. Son bienvenidos adonde vayan porque la gente cree que su desgracia triplicada los hace portadores de buena suerte para quienes los reciban. Ellos lo saben y con sus ojos verdes y sus sonrisas idénticas, se instalan cada vez en una casa de estancia diferente y se ponen a trenzar tientos muy finos y muy claros con los que luego harán todo lo que sea necesario para un apero lujoso. Son de una destreza sutil y sincopada : trabajan concentrados cada uno en lo suyo pero siempre terminan las piezas al mismo tiempo y aceptan unos mates antes de emprender el regreso y de recibir la paga. Viven en un rancho que se distingue de los otros por el color también un poco azulado de sus paredes. Desde hace un tiempo el rancho cobija a dos chicos tímidos de cabellos blanquecinos y mirada desconfiada. Se dice que cada una de las madres vino a dejar su niño en el rancho limpio y bien cuidado. Una de ellas se fue una mañana a pie, vestida como si se fuera para Mercedes, o Yofre o Buenos Aires y nadie supo más de ella. La otra vive bastante cerca, en Timbocito. Las dos supieron en su momento, que allí, con los Aranda, estarían mejor

atendidos. Lo que ninguna de las mujeres sabe es cuál es el padre de su hijo. Eso a nadie le importa porque ninguno de los tres se opuso a que los chicos se quedaran. A veces se turnan para regresar a alimentarlos y otras veces los cargan en sus hombros y caminan formando una pirámide trunca, blanca y celeste, en la que se destacan sus gestos sonrientes y afables.

- 4 Están ya frente a la galería y me saludan agitando levemente sus boinas.
- 5 La luz del sol es ahora pálida como el invierno pero el aire es caliente como en verano y esa contradicción pone a las cosas en suspenso, como si habitaran un lugar que no les perteneciera del todo. Mientras los mudos avanzan dejando a su costado tres sombras delgadas, las ovejas se deciden también a cruzar el camino y cada una de ellas tiene una pequeña aureola de luz alrededor del lomo y la cabeza que es el lugar en que, a esa hora y no a otra, el sol se mete en la espesura de la lana.